

tanto por el hinduismo como por el budismo, el tantrismo, el sabio cristiano, el epicúreo persa o el orgiasta dionisíaco—, conducirá hacia una energía nueva en la que se eliminarán las angustias al asumir la normalidad de la muerte.

Cuaderno amarillo nos conduce, pues, a conciliar contrarios y eliminar dualidades, conjugando la concepción occidental del mundo como algo serio con la oriental que lo concibe como broma e ilusión mágica. Nos expone Salvador Pániker una sugerente perspectiva con la que apreciar la realidad a través de una novedosa visión del mundo y de la vida. Así, impactando con su llegada en la tradición memorialista, este libro plantea confesiones personales e intensas digresiones en una mezcla de amabilidad y profundidad reflexiva que le llevan a construir, con gran viveza y brillantez, una verdadera enseñanza sobre la filosofía de la vida. En palabras del autor, se trata de una *paideia* que nos hace entender que el mundo es una mezcla de seriedad y broma en el que, para superar los miedos y alcanzar la felicidad, es necesario que todo sea la vez trabajo y juego.

Natalia Álvarez Méndez

PUERTO, José Luis. *El Animal del tiempo*. Gijón: Ateneo Obrero (col. Deva), 1999. 82 pp.

Varios son los motivos principales —íntimamente conexiónados— que mueven al autor de *El Animal del Tiempo*; el primero de ellos, la palabra, la poesía—algo lógico tratándose de un poeta—, entendida desde el primer fragmento como conjunción de “el amar y el conocer, el sentir y el pensar”; en realidad son una y la misma cosa: conocer es amar, un acto de posesión y amor. En este sentido puede afirmarse que José Luis Puerto está del lado de la poesía que haga vibrar las cuerdas íntimas, que conmueva y emocione. Citando palabras de un cantaor flamenco, distingue un “cantar liso” —Guillén como ejemplo del mismo— frente a un “quejar la voz” o un dolorido sentir humano (“el rumor de la persona”), cuyo ejemplo puede ser Vallejo. Puerto está, naturalmente, de este lado: del lado del hombre que siente y se duele como hombre; está del lado de la hondura, del sentimiento, de “la honda palpitación del espíritu” (a la manera de Machado), y no de la poesía pensada, por así decir o meramente colorista y sensorial. Pero como buen poeta sabe que la emoción incontrolada puede conducir al caos; de ahí que prefiera no la emoción en bruto ni simultánea al hecho de escribir, sino la emoción recreada desde la serenidad; Puerto cita, en este sentido, a Wordsworth, pero, entre nosotros, Antonio Machado lo expresó así: “Tarde tranquila... / para tener algunas alegrías...lejos, / y poder dulcemente recordarlas”.

El hecho de escribir se compara con la mirada en lo que ambas tienen de descubrimiento, de desvelamiento, de revelación (la luz, al fin). El hombre, el poeta, percibe señales —recordemos que *Señales* es el título de un poemario de Puerto publicado en 1997 y que dos años antes había publicado otro título significativo, *Estelas*— tras las que habita la búsqueda: indicios del misterio, al que la poesía habrá de seguir interrogando (y desde la claridad o la transparencia, “cortesía del espíritu”). De todo lo dicho se desprenden dos ideas que separamos para mejor entendernos: la primera, que la poesía trasciende lo material, tanto para el poeta como para el lector; el poeta

necesita trascender la realidad mezquina y la poesía es un medio (no el único, pues pueden serlo también otros que afectan al corazón y a la memoria: una canción, por ejemplo); la segunda idea es la concepción de la poesía como revelación: si nace del asombro y la emoción, ninguna emoción mayor, ningún asombro más alto que el sorprender en el hombre algo sagrado; "revelar lo sagrado", dice el poeta: tal es la misión trascendente de la poesía, frente a la crisis de los valores humanos; "nostalgia de lo sagrado": tal enunciado puede identificar la poesía de Puerto, que respira, a mi parecer, un humanismo cristiano pleno de autenticidad. Formalmente, tal trascendencia de lo material hacia la revelación de lo oculto en el misterio, se hará desde la brevedad y la concisión.

De lo dicho hasta aquí se infiere lo que la poesía tiene de "rumor del corazón". La poesía nace de dentro o de lo de fuera desde dentro: es un estado del alma, por así decir. En este bucear en y expresarse desde el fondo de uno mismo aparece el motivo del "jardín", expresión personal del lugar del mito, de la inocencia perdida, del paraíso. Es un símbolo que aparece en Puerto desde sus primeros libros. La poesía es un medio de recuperar el jardín primordial (el centro, el origen). Es difícil separar unos conceptos de otros. En efecto, en relación con la poesía y con la referencia la mitología personal del "jardín" aparece otro motivo temático muy reiterado a lo largo de *El Animal del Tiempo*: el retiro, la retracción, la renuncia, la purificación; en suma, la ascesis, la vida no como privación, sino como plenitud. Sólo desde la ascesis, desde el retiro (soledad, silencio), se puede acceder al centro interior de uno mismo o al jardín primordial anterior a la caída, al jardín de la inocencia, anterior a la contaminación de la mirada; jardín del asombro primero y, por eso, de la memoria y del misterio. La escritura misma es un acto de purificación, de despojamiento, y la poesía, una creación desde el silencio interior, desde la renuncia. El poeta debería ser una especie de monje de la palabra; a través de ella busca el poeta la revelación; de ahí que la poesía huya de lo convencional, pues su finalidad no es mero nombrar, sino, como ya hemos insinuado, revelar y transfigurar (iluminar). Entre los signos-símbolos de purificación están el amanecer y su pureza; también el despojo invernal y la nieve.

El tiempo, la memoria y la naturaleza configuran nuevos núcleos de intereses; la memoria es fuente poética copiosa, sobre todo en lo que significa de retorno a la infancia, a esa edad dorada o jardín en que se miró el mundo (se descubrió) con asombro por primera y única vez, con un asombro que a veces uno sorprende, de pronto, reflejado en el arte (por ejemplo, en los cuadros de Miró, verdadero viaje a aquella mirada inicial, a lo primordial). En relación inevitable con la memoria, el tiempo, cuyo paso proporciona una melancolía serena y leve, como la que inspira la figura del Doncel de Sigüenza. Y es que, para Puerto, el tiempo no es un tránsito sin retorno: el ritmo de las estaciones da cuenta del transcurrir, pero también de la renovación vital (nacer, florecer, morir, para renacer de nuevo); es otra *señal* para el poeta, para el hombre. La naturaleza, a su vez, es sentida como plenitud y ritmo vital, como latir universal a cuyos ciclos ha de acompañarse el hombre para conseguir la armonía. De las muchas admiraciones que suscita la contemplación de la naturaleza (lo breve, lo sencillo, lo frágil, lo apenas perceptible; y árboles, pájaros; y el sucederse de las estaciones...) destacaría la presencia de dos elementos simbólicos: el amanecer, como diaria afirmación de vida, y el pájaro, la alondra que en la amanecida celebra el renacer de la luz. En un mundo movido por la velocidad y el afán de dominarlo todo, la naturaleza reaparece como ideal de plenitud (viejas ansias de nuestros poetas rena-

centistas): quizá ningún símbolo mejor que el vuelo exento del pájaro hacia lo alto o su mismo canto de júbilo ante la llamada de la luz. Luz, amanecer...: signos también de los límites, del tránsito, del umbral entre la materia y lo sagrado, la tiniebla y la iluminación; ese momento del tránsito lo percibe Puerto como algo prodigioso, pues lo que es límite es también sutura: entre lo que conocemos y lo que aún desconocemos, entre la vida y la muerte, nuevo tránsito hacia "otra germinación".

Hasta aquí me he referido a la primera parte, la más extensa. La segunda se titula "Fragmentos de la noche". No se diferencia de la primera si no es porque alza un sujeto en tercera persona que busca algo más allá de lo cotidiano, que hace del amor un camino, que ama lo menudo, lo frágil, lo pequeño, lo escondido para el hombre apresurado, un sujeto que se siente movido y conmovido por tales cosas (aves, flores) efímeras, que persigue la serenidad de espíritu y extiende su amor—su dolor— a todo lo humano; un sujeto con capacidad de asombro y entusiasmo, que percibe señales de algo más allá de lo aparente—la noche misma es una gran señal—, que añora el "jardín" primordial (mito, sueño), que busca entre lo transitorio lo que permanece, y en el cambio, lo constante... Termina con una coda titulada "la buena compañía": aquella que aún calienta el corazón: el sonido de la lluvia (otra *señal*), los rumores del misterio y lo sagrado, la respiración amiga y familiar y ese simbólico "animal del tiempo" que anida en el interior de cada uno (la herencia del corazón, la que no se borra ni se gasta).

En esta manera de pensar y de sentir Puerto no está solo. Forma parte de la cadena de quienes miraron la noche para inquirir o para trascenderla hacia un más allá que sirva de consuelo y de supervivencia. En la poesía, en el pensamiento y en el arte, diversos nombres forman parte de esa cadena: Antonio Machado y su sentido de la poesía como "honda palpitación del espíritu", Vallejo y su "dolorido sentir", Valente, Colinas, Vicente Valero, María Zambrano y su "palabra iluminada", Miró, Paul Klee...

Si quisiéramos destacar algunos rasgos que atañen al conjunto del libro, señalaríamos, en primer lugar, el fragmentarismo poético; para mí no hay duda: se trata de prosas poéticas, no sólo por la calidad en el decir, sino por la atmósfera creada. Otro rasgo es el carácter de diario poético íntimo ("ecos de soledad"), un diario del alma, en cuanto que registra sensaciones, emociones, pensamientos que dan cuenta del cotidiano transcurrir interior. Tal diario se nos muestra como una meditación serena, sosegada, sobre las verdades del hombre. Añadamos una palpable delicadeza a la hora de expresar tal meditación, la misma delicadeza elegante y leve que el poeta admira en la figura ya mentada del Doncel de Sigüenza, a la que Puerto se había aproximado ya en *Paisaje de invierno* (1993) y *Señales* (1997). El libro da cuenta de un humanismo entrañable y de una rara capacidad de asombro que, si bien se retrae a la niñez, permanece; tal asombro surge no ante las grandes cosas, sino ante las que suelen pasar desapercibidas y que se miran desde la piedad y la ternura: la belleza frágil de un espino en flor, el canto de los pájaros...: lo delicado y humilde.

José Enrique Martínez Fernández